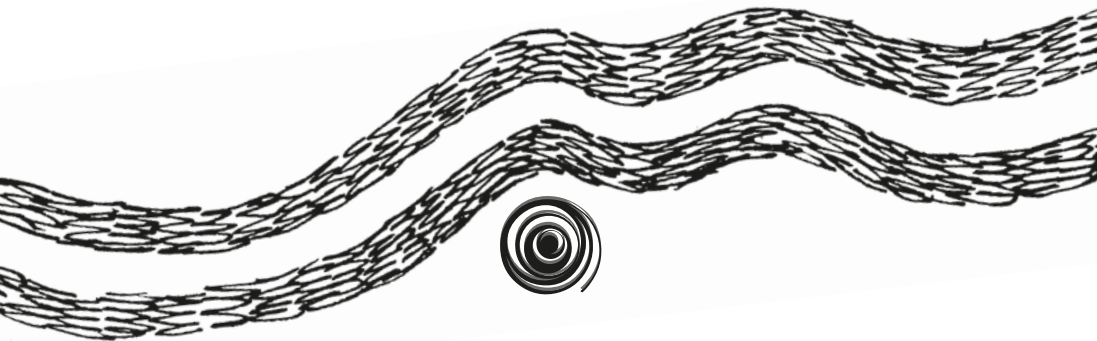


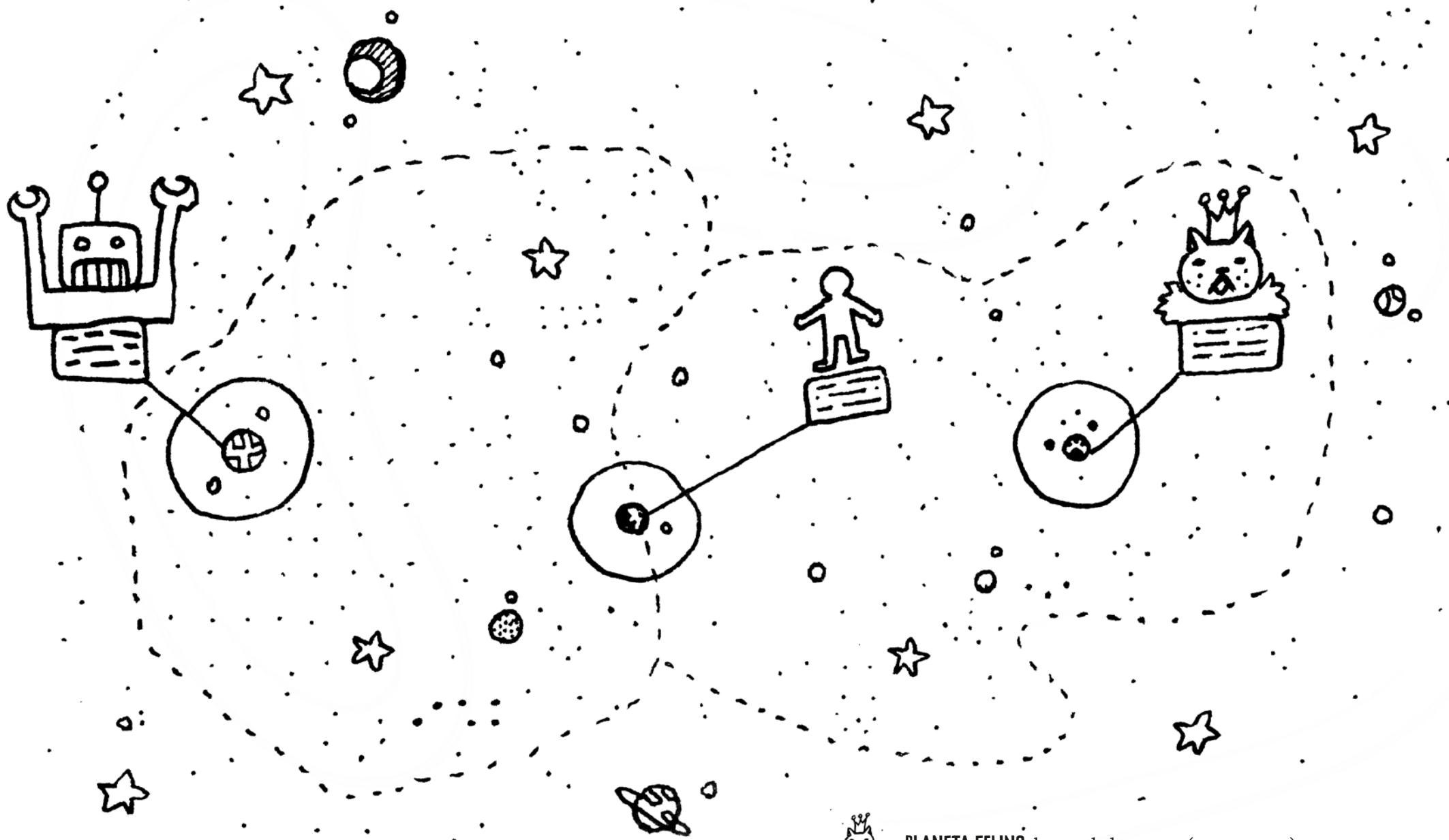
**MARGARET STOHL
Y LEWIS PETERSON**

**GATOS
vs.
ROBOTS**

ESTO ES LA GUERRA



LA GALAXIA CONOCIDA



LEYENDA



PLANETA BINARIO, hogar de los binarios (cabezalatas),
cuartel general de la Federación Robótica.



PLANETA FELINO, hogar de los gatos (cuatropatas),
cuartel general del Gran Imperio Felino.



PLANETA TIERRA, hogar de los humanos (pelados / dospatas),
cuartel general de nada en particular.

ÍNDICE

| | | |
|-----------|--|------------|
| 1 | EMERGENCIA EN LA TIERRA | 11 |
| 2 | MALAS NOTICIAS DE LOS HUMANOS | 21 |
| 3 | UN GATO VIEJO SE HUELE PROBLEMAS | |
| | NUEVOS EN EL PLANETA TIERRA | 31 |
| 4 | LOS ROBOTS LLEVAN LA BATUTA | 39 |
| 5 | EL DESCUBRIMIENTO DE MAX | 49 |
| 6 | MAX AL RESCATE | 55 |
| 7 | MIN DISEÑA ROBOTS SOBRE RUEDAS | 61 |
| 8 | MIN AGUA LA FIESTA | 67 |
| 9 | VAMOS A NEGOCIAR | 79 |
| 10 | MAX SE CONVIERTE EN PAPÁ GATO | 87 |
| 11 | TRAS EL ATAQUE CONTRA JOAN DRON | 95 |
| 12 | ¡PROTOS EN GUARDIA! | 105 |
| 13 | AGARRA ENVÍA MENSAJES ANTES DE LLEGAR A LA TIERRA | 113 |
| 14 | BSEMEMUCHO ESTABLECE CONTACTO | |
| | EN LA APROXIMACIÓN AL PLANETA TIERRA | 121 |
| 15 | HOLA MAXMIN | 129 |
| 16 | UN RIVAL A LA ALTURA DE OBI | 131 |
| 17 | OBI IMPROVISA | 139 |
| 18 | LA LLEGADA DE ELMER | 153 |
| 19 | LAS PRUEBAS DE ELMER | 163 |

| | | |
|----|---|-----|
| 20 | LOS GATITOS ENTRAN EN LA CASA..... | 171 |
| 21 | ELMER VA DE EXPLORACIÓN | 181 |
| 22 | TAREAS MATUTINAS | 193 |
| 23 | UNA MISIÓN PARA LOS GATITOS | 201 |
| 24 | UNA MISIÓN PARA LOS PROTOS..... | 213 |
| 25 | STU Y SCOUT A LA CAZA | 225 |
| 26 | GATITOS CONTRA PROTOS..... | 235 |
| 27 | LA CAJA QUE NO ERA | 243 |
| 28 | DEBACLE | 253 |
| 29 | LA LLEGADA DE AGARRA | 259 |
| 30 | LOS PROGRESOS DE BSEMEMUCHO..... | 263 |
| 31 | SALUDOS DESDE EL OTRO LADO (DEL PLANETA)..... | 269 |
| 32 | UPS Y DOBLE UPS | 271 |
| 33 | EL ENFRENTAMIENTO..... | 283 |
| 34 | ¡TRAE ESE CHIP!..... | 291 |
| 35 | LA BATALLA DE BOTS..... | 301 |
| 36 | HAY QUE AYUDAR A OBI, SOMOS SU ÚNICA ESPERANZA..... | 311 |
| 37 | AL RESCATE | 321 |
| 38 | REUNIÓN | 329 |
| 39 | ¿PODEMOS RECONSTRUIRLO? | 341 |
| 40 | GATO 2.0 | 355 |
| 41 | ¿ERES TÚ, OBI? | 363 |
| 42 | SALVAR A UN AMIGO, SALVAR EL MUNDO..... | 373 |



1

EMERGENCIA EN LA TIERRA

El Gran Imperio Felino (GIF).

Lope de Agarra, segundo al mando y miauyordomo miauyor del Gran Imperio Felino, se dirigió con pasos almohadillados a la entrada del salón del trono. La barriga se le mecía al caminar como la campana de una iglesia, solo que con más pelo y menos ruido.

El miauyor iba deprisa, cosa rara en él.

Agarra era un gato algo pasado de peso, de porte digno, con un atisbo de perilla negra bajo los bigotes y pelaje que dibujaba un esmoquin gracias al blanco immaculado de la

pechera, de la que se sentía muy orgulloso, y las cuatro patas de guante blanco, que nunca conseguía mantener limpias.

Entre los suyos, Agarra resultaba pintoresco porque era..., cómo decirlo..., organizado (perdón por el vocabulario), cualidad a la que no aspira ningún gato que se respete. Pero Agarra aceptaba esta singularidad y la utilizaba al servicio del Imperio Felino y de su gobernante, el venerable y un tanto anciano presidente Miau.

Agarra tampoco era ya lo que se dice una bolita de pelo. Como cualquier gato de buena posición ya en la sexta edad, como se decía en el GIF, prefería centrarse en los placeres de la vida: un buen chaleco con pajarita a juego, un estante alto en el que sestar, el rincón soleado en la alfombra, un grifo que goteaba...

Pero no aquel día.

Aquel día, Agarra recorrió a paso rápido los salones del palacio con un solo pensamiento en mente: su trabajo, tema que había que evitar en cualquier conversación educada, ya que el trabajo era lo más despreciable para cualquier gato. Para horror de sus amigos, Agarra lo disfrutaba enormemente, y menos mal, pues su trabajo era proteger el Imperio Felino de todo tipo de amenazas reales o imaginarias.

Muchos enemigos acechaban al GIF, pero ninguno tan temible como el Imperio Robot: los binarios. Hasta donde alcanzaba la memoria, que no era mucho, el GIF había estado en guerra con los robots. Nadie recordaba cómo empezó la guerra, ni siquiera por qué. Para ser sinceros, nadie cuestionaba si eso de la guerra era bueno o malo. Se limitaban a aceptar que los gatos y los robots no se llevaban bien, y punto.

Al fin y al cabo, los binarios tenían una cultura de orden y reglas. Su lema era «¡si esto, entonces aquello!», o sea, traducido del robótico: toda acción debe tener una consecuencia lógica y predecible. Los robots creían que toda pregunta debía tener una respuesta: 1 o 0. Verdadero o Falso. Bien o Mal. Encendido o Apagado. «¡En la certidumbre encontramos seguridad!», como decía otro lema binario. A los binarios les encantaban los lemas.

En cambio, el GIF no se había molestado en buscarse un lema. Si lo hicieran, sería un boceto de un gato tumbado al sol. Las leyes de la consistencia ni les iban ni les venían: para los gatos, cada pregunta tenía infinitas respuestas que iban del sí al no pasando por toda una gama que incluía un encogimiento de hombros y un bostezo. No nos confundamos: los gatos tenían reglas, y todos coin-

cidían en que las reglas estaban para seguirlas, pero solo cuando a uno le apetecía.

Los gatos y los robots eran vecinos en la Comunidad Galáctica, así que siempre estaban peleando. A menudo los gatos deambulaban y se adentraban sin pretenderlo en territorio robot, sembrando el caos entre los autómatas. Los robots, por su parte, no paraban de intentar invadir con toda la intención (y ningún éxito) el territorio felino para instaurar el orden. La sola idea de tener un vecino tan desorganizado como el Imperio Felino sobrecalentaba de frustración a los robots.

Agarra se estremeció al pensar en el objetivo de los robots: DOMAR a los gatos. No pudo contenerse y tosió una bolita de pelo.

El miauyor recuperó la compostura y, con la barriga bamboleante a remolque, entró en la gran sala del trono. Se acercó al inmenso trono tapizado y empezó a rascarlo.

Vamos, lo normal cuando un gato trata de atraer la atención del presidente del Gran Imperio Felino.

Se decía que la silla del presidente, el gran trono de Miau, era el árbol para gatos más costoso y elaborado de la historia. Más que un árbol era todo un bosque: siete árboles, siete, de cuatro pisos cada uno, coronados por sie-

te cubículos independientes con almohadillado de satén y alfombras de pelusa, interconectados mediante rampas, toboganes y puentes de cuerda de seda.

Era, sin duda, un trono digno de las garras del líder supremo del GIF, un abisinio de pelo corto rojizo, el presidente Miau.

El presidente tenía una mancha anaranjada sobre la nariz y una marca en forma de M, más oscura, entre los ojos y la frente, como casi todos los atigrados, pero los pelos finos de las orejas y los bigotes ya se le habían tornado blancos, y la primera capa de su pelaje era nívea. El presidente iba ya por la séptima vida, y bien avanzada.

Agarra rascó con ansiedad la base del trono y arqueó el lomo con energía, toda una manifestación de respeto en una raza tan poco dada al esfuerzo.

El presidente abrió un ojo y le lanzó una mirada desde la plataforma superior, a doce colas de altura por encima del miauyor.

—Vaya. —El presidente Miau parpadeó—. El pelma aburrido.

—Naranja, tengo noticias importantes...

—¿Importantes? —El enorme gato se desperezó sin prisas en el lecho almohadillado y bostezó—. Me caben

serias dudas. A menos que vengas a contarme que los condenados binarios se han autodestruido... o que el Canus ha escapado de esa perrera de planeta prisión... Y los humanos... —Suspiró—. La verdad, no me imagino un mundo en que los pelados sean importantes.

—Pues haga un esfuerzo —replicó el miauyor al tiempo que se sacaba un telegrama del bolsillo del chaleco cosido a mano—. Vengo por los pelados. Por lo visto han hecho un descubrimiento... importante. Hemos recibido un mensaje urgente de uno de nuestros agentes en el planeta pelado, junto a la frontera con el territorio robot. La Tierra, ¿recuerda?

—La verdad, no. —El presidente bostezó al tiempo que se giraba para ofrecer al techo la enorme barriga ondulante.

—Bueno —explicó Agarra con paciencia—, por lo visto uno de los pelados ha creado algo muy peligroso. Algo que puede dar ventaja en la guerra a los robots.

Maiu soltó un gemido.

—El peligro es un aburrimiento. La guerra es un aburrimiento. Hablemos de otra cosa.

—Señor, este invento puede proporcionar una fuente de energía inagotable a los robots. —El miauyor estaba cada vez más frustrado—. ¡No tendrían que volver a re-

cargarse! ¡Si le echan la tenaza, tendrán energía para llegar al corazón mismo del Imperio Felino!

—Sigue siendo un aburrimiento —ronroneó Miau.

Agarra comprendió que para que Miau prestara atención iba a necesitar argumentos diferentes.

—Este invento también lo beneficiaría a usted, presidente.

Miau hizo una pausa a mitad de un lametón y miró a Agarra.

—¿A mí? Vale, ya no me aburro.

Agarra echó mano de su voz más teatral.

—Excelente, señor, porque este invento de los pelados se podría usar para dar a los gatos... ¡más de siete vidas!

—¿Cómo? ¿Qué? —Miau trató de incorporarse, aunque le costaba sostener todo su peso—. ¿Cuántas? ¿Diez? ¿Doce? —La barriga le sobresalía de entre las patas como una sandía que intentara doblarse por la mitad.

Agarra negó con la cabeza.

—Según mis fuentes, incontables.

Miau se lo quedó mirando.

—¿Como... catorce?

A los gatos no se les daban bien los números más allá del siete.

—Como para siempre, señor. Eso es casi veinte, o puede que incluso más.

Agarra se volvió a guardar el mensaje en el chaleco. El presidente consiguió erguirse sobre las cuatro patas y su maullido alcanzó los rincones más recónditos del salón del trono.

—¡Por mis bigotes grises! ¡Tenemos que hacernos con ese invento! ¡Mandad a la flota! ¡Mandad a mi...! —Miró a Agarra—. ¡Tú!

Agarra saludó al presidente Miau con un gesto rápido de la punta blanca de la cola.

—Por desgracia, la flota ha desaparecido. Otra vez. Pero yo estoy preparado para investigar de inmediato...

—¡Busca la... la cosa esa de los pelados! ¡Búscala y róballa para mayor gloria del Gran Imperio Felino! Y de su felino presidente, claro.

—A sus órdenes —musitó Agarra, con la certidumbre de que el presidente no le escuchaba.

Salió del salón del trono y volvió a su despacho, donde le esperaba el ayudante real del GIF, un travieso atigrado llamado Oscar Guay, en aquel momento muy ocupado en mordisquear su trozo de plástico favorito. Al ver a Agarra se rascó tras una oreja.

—¿Conseguiste... eso, aprobación, para lo de... la misión, o lo que sea? La cosa esa de los pelados... que era como urgente o algo...

Era obvio que se esforzaba por recordar, pero la cabezita de su subordinado estaba más habituada a las rascaditas que a los pensamientos. El miau mayor suspiró.

—Sí, Oscar. Vamos a la Tierra, por la gloria del Imperio y la gloria de... Qué más da, por mucha gloria. Venga, tenemos mucho que hacer para organizar la nave. Mete en la maleta mis chalecos y pajaritas, y todas las golosinas que quepan...

Pero Agarra se interrumpió a media frase, porque Oscar se había ido a jugar al fútbol, con su trocito de plástico.

Miau.



2

MALAS NOTICIAS DE LOS HUMANOS

Federación Robótica.

Al otro lado de la galaxia, en el planeta robot Binario, tenía lugar una escena muy semejante.

El robot BSM-4707, conocido como BSemeMucho, leal sirviente y segundo del líder supremo de la Federación Robótica, se meció nervioso sobre su única rueda a la entrada del real salón robot del trono. La pantalla primaria que le hacía las veces de ojo no dejaba de parpadear.

BSeme traía noticias, y su trabajo consistía, entre otras muchas cosas, en transmitírselas a su jefe, mejor dicho, *al*

jefe, el robot AA-001, Master Almirante y Tirano Altísimo de los Robots (MATAR, para abreviar).

BSeme acababa de recibir un mensaje importantísimo procedente de un planeta lejano y primitivo acerca de una nueva y asombrosa tecnología. De todas las criaturas del universo habían tenido que ser los humanos (¡los humanos de la Tierra!) los que inventaran un chip que, a primera vista, era demasiado bueno (o demasiado malo) para ser verdad.

Por una parte, ese chip, si de verdad existía, podía resolver uno de los peores problemas de los robots: la duración de la batería. ¡Adiós a las recargas! ¡Adiós al radio de alcance! ¡Infinitas, infinitas posibilidades se abrirían ante ellos!

Por otra, el chip también permitiría a los respiradores de aire, entre ellos a los cuatropatas pulgosos, incrementar su esperanza de vida. De manera indefinida. Y aquello era, para BSeme, todo un problema.

Si el chip caía en malas zarpas, sería el fin del equilibrio de poder entre la Federación Robótica y su enemigo más temido, más odiado, más indestructible: el Imperio Felino. Ventaja para los gatos. D.E.P., robots.

Los gatos habían sido una pesadilla desde la primera vez que se tropezaron con ellos, hacía ya siglos. Represen-

taban todo aquello que los robots despreciaban. No tenían el menor respeto por la autoridad. No obedecían órdenes. Allá por donde iban soltaban pelo o cosas peores. Creían que el universo entero era un juguete. ¡Ni siquiera tenían un buen lema! Eran, en resumen, como si el Gran Programador hubiera diseñado la criatura perfecta para fastidiar a los robots.

Hasta entonces los robots habían sobrevivido a los gatos solo gracias al punto flaco de los felinos: su incapacidad para concentrarse en nada durante el tiempo necesario. No hacían más que perder la flota o perseguir la cola de cualquier cometa. Un chip que les prolongara la vida prolongaría también los periodos de concentración, lo que sería un desastre para la Federación Robótica.

A MATAR no le iba a gustar nada aquella noticia.

BSeme disfrutaba de su trabajo, pero hasta él entendía que tenía un jefe un tanto difícil, sobre todo a la hora de recibir malas noticias.

BSemeMucho rodó con discreción hacia la puerta abierta y extendió una sonda para escanear la sala. En el centro de la estancia, en un trono construido con los metales más preciosos y reflectantes, se encontraba el robot reinante, que sostenía un espejo brillante, enorme, muy

ornamentado. MATAR estaba admirando la nueva calcomanía holográfica con que adornaba un costado de su generosa estructura: un cráneo de gato con tibias cruzadas.

MATAR era muy aficionado a las calcomanías, pero las llamaba tatuajes. Porque, claro, un tatuaje mola mucho más que una calcomanía, y para MATAR lo de molar era básico.

Se dio la vuelta sobre las orugas, unas bandas de rodamiento con tres ruedas, mientras las luces de la sala centelleaban contra su deslumbrante chapado de titanio. La delgada pantalla de comunicación que además le hacía las veces de cara giró para quedar frente al espejo, y se iluminó con una sonrisa perversa al admirar en el reflejo su perfecta molonidad. BSeme puso el ojo en blanco. Tanta decoración innecesaria le parecía un tanto hortera.

—Bippresionante, sencillamente bippresionante —se dijo el Líder Supremo. MATAR vio la sonda de BSeme en el espejo y se volvió—. ¿Eres tú, Número Dos? ¿BSeme? Pasa, pasa, ¡mira el tatuaje nuevo!

BSeme, resignado, retiró la sonda y rodó hacia el interior de la inmensa estancia iluminada por luces deslumbrantes, cubierta de cromo pulido del suelo al techo (suelo y techo incluidos). Si tuviera estómago, se le habría hecho

un nudo. Tenía todos los circuitos sobrecargados por culpa de tanto estímulo. Las superficies reflectantes permitían que el líder supremo se viera desde todos los ángulos, pero también obligaban a los demás a ver al líder supremo desde todos los ángulos, en cada superficie.

Hizo caso omiso de las distracciones y rodó con firmeza por la estancia, decidido a cumplir con su deber.

—¡Traigo noticias importantes de la Tierra, Líder Supremo!

MATAR estaba ocupadísimo girando el espejo para contemplar las calcomanías de llamas, igual de bippresionantes, y giró la cabeza por completo para verlas desde todos los ángulos imaginables.

—¿De la Tierra? —bufó—. ¿De ese planetoide primitivo habitado por carnosos con blandicerebros? ¡Imposible! —Los humanos, igual que todas las formas de vida orgánicas, eran muy inferiores a sus ojos—. Y allí los bots aceptan órdenes de los humanos, ¿no? —Se estremeció.

BSe meció sobre la rueda adelante y atrás, que era el equivalente bot a caminar nervioso por la sala.

—Pues sí, MATAR. Al menos, la mayoría.

—Qué ascazo. —Mostró un ceño fruncido en la pantalla—. ¡Son una vergüenza! —MATAR giró el espejo para

ver a BSeme en el reflejo, lo que puso aun más nervioso al robot—. A ver, ¿en qué consisten esas noticias improbables?

Sin más traqueteos, BSeme empezó a explicarse.

—Bueno..., señor..., uno de los blandos..., por lo visto..., ha inventado... un chip nuevo...

—Bah —bufó MATAR—. ¿Y qué más da? —Volvió a girar el espejo para verse mejor.

—Ya. Bueno. En este caso, es un chip...

MATAR describió un círculo para mirarse las calcomanías de gatos diabólicos que le adornaban la parte trasera del torso metálico.

—Eso ya lo has dicho.

BSeme tartamudeó, pero siguió hablando.

—...que podría... dar... a los... respiradores de aire...

MATAR puso los sensores en blanco.

—¿A las bolsas de carne?

—...incluidos los de... eh... cuatro patas...

La tenaza con la que MATAR sujetaba el espejo se detuvo en seco. La referencia a los gatos, los odiados enemigos de la civilización binaria, no le había pasado desapercibida..., como ya había previsto BSeme.

—...una manera..., bueno, de...

El líder pivotó, aceleró hacia BSeme y se puso a centímetros de su interfaz.

—¡Escupe, Número Dos!

—...¡una vida infinita, como la nuestra! —se apresuró a termina BSeme.

Rodó hacia atrás, temiéndose lo peor. El Líder Supremo se giró con tal precipitación que se le escapó de la tenaza su adorado espejo y fue a estrellarse contra la pared. Los fragmentos reflectantes saltaron por los aires. BSeme propulsó los extensores para cubrirse.

—¿QUEEEEEEEÉ? —BSeme no dijo nada. A MATAR le saltaban chispas de los sensores—. ¡Pero es nuestra principal ventaja! ¡Lo de no envejecer! ¡Los repuestos intercambiables! ¡Las actualizaciones! —Se le aceleró la voz por culpa del pánico creciente—. Si los cuatropatas le echan la zarpa a esto, será un desastre... —BSeme seguía sin atreverse a decir palabra. No se atrevió a mover una bisagra mientras MATAR juntaba las piezas para formar la imagen que él ya había visualizado—. Hasta puede que vivieran suficiente para aprender a... hacer... cosas. Tal vez... incluso... podrían...

—¡No lo diga! —BSeme empezó a vibrar.

—PODRÍAN...

BSe-me se desplazó hacia la puerta y se dispuso a huir.
—¡¡¡ORGANIZARSE!!!

El Líder Supremo había puesto el volumen del altavoz al máximo y la palabra retumbó en la estancia. Los bots de seguridad alineados contra las paredes centellearon en rojo al empezar a cargarse.

Los circuitos de MATAR estaban echando humo. BSe-me tenía que hacer algo, lo que fuera. Demasiado tarde cayó en la cuenta de que debería haber empezado por la parte positiva.

—¡Señor, que también hay noticias buenas en lo del chip! —Los ojos extraviados de MATAR se clavaron en BSe-me—. ¡También puede proporcionar batería indefinida a los robots! ¡Se acabó lo de tener que cargar!

MATAR se quedó inmóvil, y por un momento BSe-me pensó que se había cortocircuitado. Luego, el humo se disipó, y la línea que le hacía las veces de boca se curvó poco a poco en una sonrisa.

—Bueno —dijo casi en un susurro—. Eso lo cambia todo. —Rodó hacia su trono—. ¡Ve a investigar ahora mismo, BSe-me! Coge las naves más rápidas que tengamos y ve a la Tierra. Contacta con los robots locales por primitivos que sean... y, cueste lo que cueste, TRÁEME ESE...

—MATAR se interrumpió un momento—. Eh..., ¿cómo has dicho que se llamaba?

BSe me buscó en su tarjeta de memoria.

—Creo que lo llaman “chip de singularidad”.

—¡ESO! ¡EL CHIP DE SINGULARIDAD! ¡TRÁEMELO! —gritó el Líder Supremo.

—¡Delo por hecho! —BSe me se dio la vuelta y aceleró hacia la puerta—. ¡No se preocupe, señor! ¡Dejaré bien alto el pabellón de la Federación Robótica!

Mientras BSe me se alejaba, MATAR contempló los restos de lo que hasta entonces había sido su posesión más preciada.

—Necesito un espejo nuevo —dijo con tristeza.



3

UN GATO VIEJO SE HUELE PROBLEMAS NUEVOS EN EL PLANETA TIERRA

Obi estaba sentado muy erguido. Algo tambaleante, pero con total dignidad. Era viejo, tanto que el pelaje se le había tornado gris blanquecino y le raleaba en algunas zonas, y apenas podía caminar, pero siempre se presentaba al mundo con total dignidad.

Su devota servidora pelada, la señora Fiona Reynolds, le empujaba el trono móvil para que Obi diera el paseo cotidiano en carrito para bebé por su reino de Bayside Road. Se sentía agradecido porque sabía que la fiel Fiona tenía tantos problemas como él para caminar y necesitaba apoyarse en el carrito.

El paso del tiempo era cruel para los gatos y para sus servidores.

Pese a la edad avanzada, Obi seguía siendo un gato único, de porte casi regio. Imponía respeto, aunque no tanto como el poderoso presidente Miau, que gobernaba el GIF a una galaxia de allí. Llevaba al cuello un elegantísimo collar trenzado dorado con chapa en forma de pirámide que parecía irradiar una luz extraña. Era el mismo que había lucido desde aquel lejano día en que Fiona lo rescató aún cachorro de la zanja de desagüe próxima al río, y todavía lo llevaba, aunque la mujer le había tenido que ir cosiendo extensiones por el revés cuando dejó atrás la *cachorrez*.

Fiona se detuvo para descansar un momento a la sombra de un árbol y aprovechó para rascar a Obi detrás de las orejas. Obi había elegido bien aquel lejano día, cuando simuló la situación desesperada justo cuando ella pasaba por allí en su caminata diaria. Necesitaba un protector en aquel remoto puesto avanzado, en la frontera entre el territorio felino y el robot, y Fiona era perfecta.

Al principio Fiona se había preguntado de dónde salía el ornamentado collar con que había llegado Obi a su vida, pero Obi nunca se lo dijo. La falta de comunicación se veía

facilitada por el hecho de que ninguno de los dos hablaba el idioma del otro.

Obi sabía que la pirámide era especial. Era el símbolo del Gran Imperio Felino. Solo lo llevaban unos pocos, los elegidos de cachorros para convertirse en exploradores, embajadores o aventureros. Su misión era detectar aliados o enemigos en los confines del Imperio. Esos valientes eran los miembros de élite de la Vanguardia Felina.

El medallón era mucho más que un símbolo: también hacía las veces de traductor universal, con lo que Obi podía escuchar y entender más de 2.310 dialectos galácticos diferentes, entre ellos los principales de los humanos. La opción de hablar del medallón estaba desactivada para que los exploradores más entusiastas no interfirieran demasiado en los asuntos locales.

Y lo más importante: el medallón de Obi era su medio de comunicación con el Imperio por si descubría algo importante, o un peligro en potencia. Lo había llevado al cuello toda la vida sin usarlo jamás.

Hasta hacía unos días.

Cuando, mientras tomaba el sol fuera de la casa, oyó a su vecino pelado hablar sobre un invento, una cosa metálica llamada chip, que, por lo visto, podía prolongar la vida

lían salir de casa, ¿qué estaba pasando? Miró hacia la puerta y sopesó las posibilidades.

Por fuera no era un hogar lo que se dice acogedor. Los humanos llamaban “hacienda” a aquel tipo de edificio, de dos pisos y tejas rojas, con la pintura descascarillada bajo un techo muy necesitado de reparaciones. Las enredaderas trepaban por las paredes y tras la verja del patio de entrada se veía hierba crecida y desigual como el pelaje de un gatito mojado.

Aparte de eso, poco más se podía decir. En cambio sí se podía decir mucho acerca de la familia de pelados que vivía allí. Obi no encontraba de mucha utilidad a la mayoría de los pelados, pero aquella familia era diferente.

El favorito de Obi, un cachorro de nombre Max, era amable y tolerable. A veces iba a ver a Obi antes de la puesta de sol y le llevaba sabrosas ofrendas al tiempo que emitía sonidos tranquilizadores. El gato no les prestaba mucha atención, pero por lo visto para el chico tenían su importancia, así que se lo permitía.

Su niño necesitaba hablar a menudo y a Obi no le importaba escuchar. O dormir mientras su niño creía que lo escuchaba.

Max tenía una compañera de camada, una niña pelada, Min, que no se solía acercar a Obi. Parecía que le daba

miedo. Cuando por cualquier motivo estaba cerca de él, emitía sonidos estrepitosos y siseantes (¡AAACHÚS!) que a Obi no le hacían ninguna gracia.

«Qué criatura más desagradable».

Fiona pasó ante la casa empujando su trono móvil y Obi miró calle arriba, hacia donde Bayside Road se cruzaba con River Road. Más allá estaba el río, cosa que llamó la atención del viejo gato.

«Hacia allí voló el cabezalata. ¿Hacia el río?».

Desde donde estaban en aquel momento no se veía, pero la fiel Fiona lo había “encontrado” en una zanja de desagüe, así que conocía bien la zona. Obi alzó la nariz y olfateó la brisa que llegaba del río. Captó el olor a humedad: el río estaba crecido.

Obi olfateó de nuevo.

¡SNIFFFFFFFFFFFFFFFFFFFF!

Y lo captó.

Un atisbo de... algo más, en la brisa.

Algo... algo estaba pasando, quizá junto al río, pero era imposible saberlo con certeza. Y no sabía de qué se podía tratar.

Solo sabía que le había parecido sentir, no, oler, un cierto cambio, pero solo un instante. Y, cuando volvió a olfatear, ya había desaparecido.

«En fin, qué se le va a hacer», se dijo Obi. Se había cansado, así que se enroscó sobre las mantas del trono rodante, metió la nariz entre las patas y dejó que el balanceo del trono lo adormeciera.

Ya se estaba quedando dormido cuando sintió que el colgante del collar que llevaba empezaba a emitir un brillo cálido...